

Pero no; eso sería igualarnos á ellos, á los retrógrados, que creen que no somos racionales... El convencimiento, el convencimiento... Yo le he escrito ya al señor obispo Espinosa... Le he escrito un cuaderno que llamé *Una palabra de paz*, y estoy en espera de que ceda en esta porfía... La libertad, la igualdad y la fraternidad son lo más grande... Cristo fué el primer liberal... Cristo al morir santificó... los dogmas... de su ley... en el Monte Calvario...

Pero al llegar aquí no pudo seguir; se ahogaba, le faltaba el resuello, accionaba como queriendo coger todo el aire respirable y meterlo en su pecho, y al fin rompió en una tos hueca, perruna, sin tregua, que le sacudía como si hubiera sido un vendaval interior que quisiera salirse por la boca. Sudaba, se agitaba, se hacía aire con la *mascada* y concluía por un horrible espasmo en que no se le oía sino el chillido de los niños enfermos de coqueluche y de cuando en cuando una sílaba: Je... sús... cruz... ter... ni... dad...

Cuando dieron las nueve, cosa que comprobó el señor cura en la enorme cebolleta que traía pendiente de uno de esos asquerosos bejuquillos de pelo que estuvieron en moda cuando Fernando VII gastaba paletó, se fué cada mochuelo á su olivo, pues había que madrugar para oír misa al día siguiente, que era domingo día primero de mes.



CAPITULO III

La aurora boreal

Poco más de un sueño habría dormido, cuando sentí en la ventana golpes tremendos, como si quisieran derribarla. Al mismo tiempo oí gritos y carreras por la calle, y una campana que tocaba con un son extraño y lúgubre, no sé si agonías ó rogativas.

Mi cuñado Naranjo llegó en pernetas, alumbrándose con una velilla de sebo y esgrimiendo con la mano izquierda un sable que debe de haber pesado varias arrobas, según el esfuerzo que hacía para levantarlo aquel jayán, que era membrudo y grandote como un *camichín*.

— De seguro son *tulices*; ya la amolamos; ni quien se figurara que iban á caernos ahora. ¿Tiene armas, Juanito? Si no aquí están, mi *yoga*, esta lanza y el trabuco naranjero del mozo... á las alturas...

Pero yo notaba que si parecía ser grande el pánico por fuera, se oían más voces de gentes que pedían misericordia, que gritos de quien pensaba en resistir un ataque ó hacer frente á un enemigo.

Esto reflexionaba, cuando la criada de mi hermana apareció á medio vestir, trayendo en la mano un manojo de fétidas pajuelas de azufre (las cerillas, Dios las diera en aquellos buenos tiempos), y diciéndonos á voz en cuello:

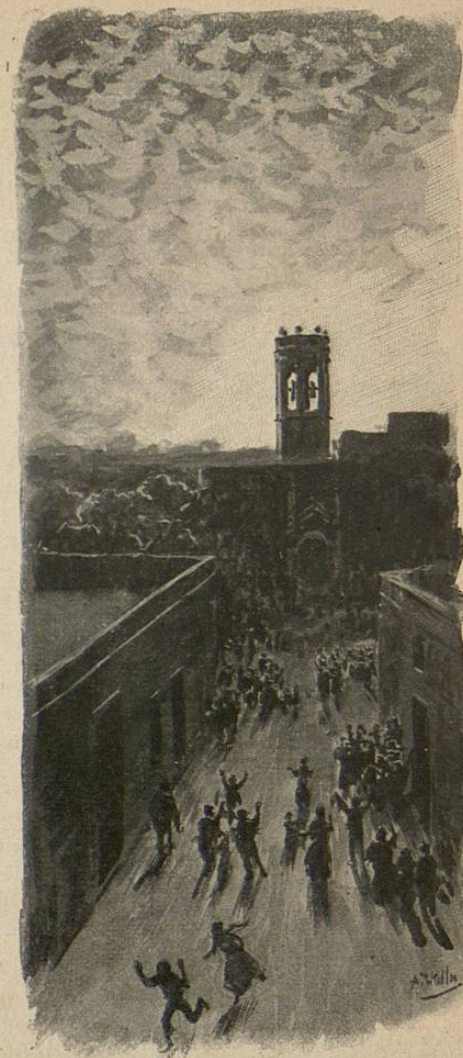
— ¡Ay, señores, por Dios! la iglesia está ardiendo; ¡quién sabe si la *haigan* quemado los malditos *blusas*, que dicen se andaban rodeando!

Me vestí violentamente, y al abrir la puerta me encontré con el espectáculo más extraordinario que hubiera visto en mi vida.

La iglesia ardía, en efecto, pero también ardían las torres y los cimborrios de las capillas que se alcanzaba á mirar á distancia, las paredes del convento de franciscanos, las casas consistoriales, las casas vecinas, nuestra propia casa y hasta nuestras personas.

Todo era de color rojo, lo mismo los rostros, que las gentes, que sus atavíos, lo mismo las piedras de la calle que el embaldosado de las banquetas. Las rejas de las ventanas parecían ascuas que ardían en el hogar de una fragua; el fango de los charcos semejava sangre; los vidrios parecían dejar salir el reflejo de una hornaza alimentada con inmenso combustible. Llovía; gotas levísimas des-

cendían del cielo y eran como fuego tamizado que ponía espanto en todos los corazones; ante aquel chipi-chipi desconocido, todo el mundo se sorprendía de no sentir que las manos y la cara se le desollaran. ¿Y arriba? Arriba, hacia el norte, se notaba una claridad desusada que ya abarcaba todo el cenit, se extendía al oriente y al occidente y apenas se desvanecía un poco hacia el sur, como si el rojo vivo se bañara en leche. Cuando nos levantamos, la rojez se extendía nada más hacia las siete cabrillas que se miraban como á través



de un crespón de fuego; después subía por todo el cielo.

Ráfagas blancas y movedizas se desprendían del norte y avanzaban hacia el sur; las estrellas aparecían más claras á medida que se alejaban del septentrión.

La villa entera estaba en la calle, suspensa, asustada, llena de horror y de pánico.

— ¡Jesús, Dios mío! gritaba un vecino; ¡el mundo se está acabando!

— Vámonos á quemar con nuestro padre Jesús de Nazareno; ya que arde su santuario, nosotros arderemos con él.

— El malvado Ortega, que acaba de echar á los sacerdotes de sus casas, es quien nos ha traído la cólera divina.

— ¡Bandido! ¡malos piojos se lo coman!

— ¡Ya lo creo! él es el causante de todo; ¿pues no ha derribado conventos é iglesias para abrir una calle que se llamará de la Exclaustración?

— Y otra que se apellidará de la *Reforma*.

— Y otra de la *Desamortización*.

— Y otra de la *Libertad*.

— Pues á mí se me figura, decía un prudente, que esto no es sino el resplandor del incendio que está consumiendo á Zacatecas.

— No hay cuidado, señores, no hay cuidado, gritaba á voz en cuello el sabio don Pedro; éste es un fenómeno natural muy hermoso: es la aurora boreal.

— ¿Oyes tú? decía uno de los presentes: es un fenómeno, es como esos puercos que nacen con cuatro cabezas y esos muchachos que sacan seis brazos.

— ¡San Antonio de Guadalupe!

— ¡Virgen de Padua!

— ¡Sagrado Corazón de Esquipulas!

— ¡Madre mía de la Penitenciaría!

— ¡Padre nuestro todopoderoso, criador del cielo y de la tierra... llena eres de gracia... ruega, señora, por nosotros... ahora y en la hora... del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... A ti suspiramos, gimiendo y llorando... El primero creer que es Dios Padre... Glorifica mi alma al Señor...

Pero había algo que infundía espanto en el ánimo del menos asustadizo: las campanas seguían tañendo sin descanso, como si se hubieran vuelto locas y quisieran convocar á los muertos que reposaban á la vera de ellas. De repente, dominando el desconcierto de los asustados, se oyeron voces que se acercaban poco á poco y que decían:

Dies iræ, dies illa,

Solvat sæculum in favilla.

Teste David cum Sybilla...

Eran los frailes del convento de franciscanos que llegaban en ordenada procesión. Uno de ellos llevaba capa pluvial y leía en un libro con cantoneras de plata, y á su lado iban hasta doce sacerdotes con velas encendidas y entonando el *refrán* de aquel tremendo cántico.

El terror no conoció límites entonces.

— ¡El mundo se acaba! decían todos en el paroxismo del dolor y del miedo.

— Yo te quiero decir, Telesforo, decía la hermosa Lupe dando diente con diente, que tenías razón en tus celos... Este niño no es tuyo sino de...

— ¡Calla, mujer, calla y no digas más! que todo te lo perdono; así nos perdone Dios.

— Acúsome que he engañado á mi marido, decía una voz.

— Acúsome que he sido una mala mujer, gritaba otra.

— Me confieso á Dios de haber faltado á la fidelidad que debía á mi esposa, vociferaba un bárbaro.

— Y yo de haber denunciado una casa del convento...

— Pero, señores, predicaba sin cesar don Pedro, si es un fenómeno natural... raro en estas latitudes, es cierto... pero, natural... Es la corriente eléctrica... la aguja imanada... el polo...

Pero nadie escuchaba á aquel sabio barato, sino á los frailes que cantaban: «Sonará la trompeta esparciendo sonido para que los pecadores comparezcan ante el trono...»

— ¡Misericordia, Señor, misericordia y no me condenes!

— ¡Señor, mira que me duele haberte ofendido!

Y las voces que se alejaban, seguían cantando: «Lloro



— ¡Un ladrón! gritó el sabio de mentirijillas...

como un reo; la culpa enrojece mi semblante; perdona, ¡oh Dios! al que te ruega...»

— He faltado á mi marido y me arrepiento...

— No me castigues, Señor, por mis culpas...

— He sido ladrón, fullero y mal hombre.

Y el himno medioeval gritaba en una aspiración suprema: «Me diste la esperanza, tú que absolviste á María y escuchaste al ladrón... Mis oraciones no lo merecen; pero tú eres bueno y no me dejarás perecer en el fuego eterno... Los malvados irán á las llamas; á mí convócame con los elegidos.»

— ¡Pero, señores, decía desgañitándose el enciclopedista, si esto no es nada, si no hay tal lluvia de fuego, si es el efecto natural!...

Peró la voz se le ahogó en lá garganta, porque vió como todos vimos que del balcón historiado de su casa bajaba á toda prisa un bulto, un hombre que después de poner el pie en el suelo, echaba á correr como alma que lleva el diablo.

— ¡Un ladrón! gritó el sabio de mentirijillas... Se previó de la confusión para meterse á casa y robar la caja...

Cuatro ó cinco emprendimos la carrera tras él; pero yo que llegué el primero, me encontré con que no había tal ladrón: era Vidal López, el marido de Concha, hija de la cacica, que trataba de escurrir el bulto lo mejor que podía...

— ¡Ah, infame! gritó don Pedro, que se presentó echando venablos, ¿qué buscabas por mi casa?... No, no hay tutía; ese es el balcón del cuarto de mi mujer... ¿Qué, ibas con Epitacia la criada? Pero si la Epitacia duerme abajo, en la cochera... Ya nos arreglaremos...

Y volvió al núcleo de espantados, que no se cuidaron de preguntarle una palabra de lo acontecido, á repetir:

— La aurora boreal es un fenómeno muy frecuente en Spitzberg... El siglo pasado tuvieron nuestros abuelos otra quizás más vistosa y nada les pasó, no perdieron pie ni mano... Todo consiste en las corrientes magnéticas...

Poco más había transcurrido cuando notamos que el cielo se empalidecía; que por el oriente aparecían nubecillas que se arrebolaban, no con el matiz de sangre líquida, sino con el rubor dulce y delicado que invade las mejillas de una hermosa al oír frases de amores; y que, por último, el sol, como una moneda reluciente que acaba de salir del baño galvánico, aparecía alumbrando alcores y collados y riéndose de las caras espantadas de los que creían llegaba el *Dies iræ* anunciado juntamente por David y la Sibila.



CAPÍTULO IV

La entrada de Rojas

EN principios de Septiembre supimos que Rojas había llegado á Puebloviejo, conocido por su adhesión á la religión sagrada y á los benditos fueros. Excusado es decir que el don Antonio hizo allí de las suyas más que en ninguna parte, y que dejó espantados con sus excesos á los *véteropopulares*, como les llamaba *Don de sabiduría*.

Luego que se tuvo noticia del caso, mi tío don Angel reunió á la parte más florida de la población, á fin de preguntarle qué debía hacer Tlaxochimaco en aquella difícil coyuntura. Todos convinimos en que era mejor recibir de paz al facineroso que entrar en guerra con él, pues no había probabilidades de salir con bien de la aventura.

Luego que se extendió la noticia empezó la alarma y